

taron en Aquitania como en país conquistado y usurparon propiedades pertenecientes al Estado. Cuéntase que un día Carlos preguntó á su hijo «cómo, siendo rey, era tan pobre que no podía dar nada, ni siquiera su bendición si no se la pedían,» y entonces Luis le enteró de que «los nobles, descuidando el bien público para atender á sus intereses particulares, se habían apropiado de los bienes del fisco, de manera que él, señor sólo de nombre, se encontraba poco menos que en la indigencia.» Dos *missi*, enviados para reprimir estos abusos, hicieron restituir las *villas* usurpadas; los impuestos disminuyeron y «los asuntos del reino de Aquitania de tal modo mejoraban, dice un biógrafo de Luis, que no se oía á nadie quejarse de una injusticia lo mismo cuando el rey estaba ausente que cuando residía en su palacio. En efecto, durante tres días á la semana el rey administraba justicia al pueblo.»

V.—Las guerras en las fronteras (1)

A medida que el reino franco se ensanchaba, ponía en contacto con nuevos pueblos. La ocupación de la Aquitania le puso en relaciones inmediatas con la España musulmana; la de Baviera con los avaros acampados en la llanura de la Pannonia (la actual Hungría); y la de Sajonia con los eslavos de la orilla derecha del Elba y del Saale y con los daneses establecidos al Norte del Eider. Todos estos pueblos eran enemigos de los francos, porque eran infieles y paganos; y la misión de Carlomagno, conquistador cristiano, no tenía límites: este monarca estaba obligado á someter al mundo.

A todos estos vecinos hizoles la guerra sin descanso, unas veces defendiéndose y otras atacando. Transportaba sus ejércitos de un extremo á otro de sus Estados con rapidez increíble y sus expediciones asombran por su número, por la duración de muchas de ellas y por las dificultades vencidas. A menudo confió la dirección de las tropas á sus hijos ó á sus generales, esos valientes convertidos en héroes por la epopeya: Guillermo de Tolosa, Erico de Friul, Geroldo de Baviera, el conde Teodorico y Rolando.

Después de la batalla de Poitiers habíase producido una revolución en el mundo árabe: los Omníadas habían sido expulsados de Bagdad por los Abbásidas, y uno de ellos, Abd el-Rhamán ben Muaya, se refugió en Europa, fundando en 755 el califato de Córdoba. Estos acontecimientos favorecieron el espíritu de independencia de los emires del Norte de España, y ya no fueron solos los habitantes cristianos de la península los que solicitaron la ayuda de Carlos, sino que en 777 el emir de Zaragoza, Solimán el-Arabi, presentóse en Paderborn «y abandonó al rey las ciudades que gobernaba.» En la primavera del año siguiente, Carlos, después de haber celebrado las fiestas de Pascua en Caseuil, atravesó con una parte de sus tropas los desfiladeros del

(1) Además de las fuentes generales indicadas anteriormente, consúltense, respecto de las guerras de España, la *Vie de l'empereur Louis*, por el autor llamado el Astrónomo, y el poema de Ermold el Negro en honor de este emperador, en los *Monumenta Germanie historica, Scriptores*, tomo II, en folio, y *Poeta latini*, tomo II, en 4.º Véanse también Hofmann, *Caroli expeditio hispanica*, 1871; Wehmann, *Karl der Grosse und die Wiltzen*; Lavisse, *La Marche de Brandebourg*, 1875; y Lipp, *Die Marken des Frankenreiches unter Karl dem Grossen*, 1892.

país vasco, mientras otro ejército, formado con contingentes de Borgoña, de Austrasia, de Baviera, de Provenza, de Septimania y de Lombardía, pasaba por los Pirineos orientales. Pamplona, Huesca y Gerona cayeron en poder de los francos y Carlos llegó delante de Zaragoza, «la principal ciudad de aquellas regiones,» pero no pudo tomarla, á pesar de haber reunido contra ella todas sus fuerzas. Los escritores francos hablan de una retirada que los musulmanes compraron á fuerza de oro; en cambio los historiadores árabes dicen que el rey fué vencido. Carlos destruyó las murallas de Pamplona, y reuniendo sus dos ejércitos, emprendió de nuevo la marcha hacia el Norte.

El ejército franco, formando una extensa fila, había penetrado en las montañas de la Vasconia, cuyas vertientes y cuyas cimas estaban en ambos lados cubiertas de bosques, y en las cuales se habían escondido los vascos del Sur de los Pirineos. El 15 de agosto de 778, después de haber pasado el grueso del ejército, los vascos se arrojaron sobre la retaguardia, dando muerte á todos los francos. «En este combate perecieron Eggiardo, preboste de la mesa del rey, el conde palatino Anselmo y Hroland, prefecto de la marca de Bretaña, con otros muchos:» esta es la única mención histórica que encontramos de Rolando, el supuesto sobrino de Carlomagno (2). Aquel combate de Roncesvalles (nombre que le ha dado la tradición) no fué una gran batalla, como tampoco lo fué la de Suintal; pero la imaginación popular dióle grandes proporciones; muy pronto todos los labios dijeron el número de los muertos, y la canción propagó por toda la cristiandad el recuerdo de aquella jornada, en la cual los francos lucharon contra tantos enemigos que «*Unc mais nul hum en terre n'en vit plus*» (jamás vió más un hombre en la tierra).

«No hubo medio de vengar aquel desastre, dice Eginardo, porque después de su golpe de mano, el enemigo se dispersó tan bien, que no pudo obtenerse informe alguno acerca de los lugares en donde habría sido preciso buscarle.» De las conquistas hechas en España nada quedó, á excepción, tal vez, de Gerona. Entonces los sarracenos tomaron la ofensiva: muerto Abd el-Rhamán en 7 de octubre de 788, su hijo Hescham resolvió conquistar la Septimania, proclamando al efecto el «algihad» ó guerra santa: «¡Dios ha realzado las glorias del Islam con la espada de los campeones de la fe! ¡En su libro sagrado ha prometido á los fieles una ayuda y una victoria brillante!» En 793, un musulmán, Abd el-Malec, invade las Galias é incendia los arrabales de Narbona; los árabes dirígense contra Carcasona, y el duque de Tolosa, Guillermo, trata de detenerlos. Era éste un príncipe valeroso y devoto, de quien la Iglesia ha hecho un santo, Guillermo de Gelone, y la epopeya un bravo, Guillermo *el de la Nariz corta*. Trabado el combate á orillas del Orbieu, afluente del Oder, Guillermo fué vencido y los musulmanes regresaron á su país, llevando numerosos cautivos y un rico botín.

Hescham murió en 796 y el califato de Córdoba vióse perturbado por discordias que permitieron á Carlomagno reconquistar el terreno perdido. La creación

(2) Sin embargo, encuéntrase también el nombre de Rolando en una medalla de Carlomagno.

del reino de Aquitania había sido una medida á la vez de buena administración y de defensa militar, pues este gobierno, inmediato al enemigo, vigilaba la frontera, dispuesto siempre á aprovecharse de las ocasiones. Los aquitanos rara vez fueron llamados á tomar parte en otras guerras; su misión consistía en luchar contra los musulmanes. Cuando Haschem hubo sucedido á su padre, Hescham, sus tíos, Abdalah y Solimán, se declararon contra él y solicitaron la intervención de Carlomagno. Abdalah, que había ido á Aquisgrán, regresó de allí acompañado de Luis, rey de Aquitania; Vich, Gerona, Caserras y otras plazas situadas en la boca de los Pirineos orientales fueron ocupadas por los francos y puestas bajo la autoridad de un conde, habiendo sido el origen de la marca de España, que completaron nuevas anexiones, de las que las principales fueron la de Lérida en 800 y la de Barcelona en 801. Tres ejércitos avanzaron contra esta última ciudad, que se rindió, después que Guillermo de Tolosa hubo derrotado á las tropas enviadas en socorro de la misma por el califa de Córdoba. Navarra y Pamplona fueron ocupadas; la posesión de las islas Baleares fué disputada á los sarracenos, y Tortosa fué tomada en 811 después de haber resistido dos sitios.

En octubre de 810, los emisarios de Haschem se presentaron en Aquisgrán para firmar la paz. El tratado, renovado en 812 y cuyo texto no ha llegado hasta nosotros, reconocía probablemente la existencia de la marca de España, la cual estaba limitada al Sur por una línea paralela á los Pirineos, que iba desde Barcelona hasta el Océano Atlántico y comprendía Navarra y Pamplona. La acción de esta marca, sin embargo, extendíase hasta el Ebro. De este modo retrocedieron por este lado los límites de la cristiandad.

Los avaros no cesaban de atacar la frontera Este del reino, y en 788, el mismo año en que Carlomagno sometió la Baviera, invadieron este país y el Friul. Carlomagno marchóse á Ratisbona para ver «cómo podría proteger el territorio y las marcas de Baviera contra los avaros;» primeramente se entablaron negociaciones y los avaros enviaron diputados á la asamblea que en 790 se celebró en Worms. Al año siguiente, Carlomagno convocó su ejército en Ratisbona, «y después de haberse allí aconsejado de los francos, de los sajones y de los frisones, resolvió atacar á los avaros á causa de los males excesivos é intolerables que habían hecho sufrir á la Iglesia ó al pueblo cristiano, sin que fuera posible obtener de ellos ninguna justicia.» La guerra duró ocho años, y, según testimonio de Eginardo, fué «la más grande de cuantas sostuvo Carlomagno, excepción hecha de la de Sajonia, habiéndola realizado el rey con más vigor y con fuerzas más numerosas que ninguna otra.»

El rey en persona dirigió la primera expedición. Los sajones y los frisones, á las órdenes del conde Teodorico y del camarero Maganfredo, siguieron la orilla izquierda del Danubio, y Carlos con los francos la derecha; los víveres fueron conducidos por el río en barcas. El ejército, al llegar á orillas del Enns, detúvose tres días para rezar, y en 8 de septiembre pasó la frontera. El enemigo, que se había retirado detrás de las alturas de Cumeoberg y al otro lado del Kamp, abandonó sus

posiciones sin combatir y los francos avanzaron hasta la confluencia del Raab y del Danubio, devastando á su paso los territorios, y regresaron después que una epidemia les hubo matado las nueve décimas partes de sus caballos. A su vez Pipino de Italia había penetrado en Pannonia por el Sur y asolado una parte de aquel país.

Carlomagno, ocupado en la última guerra contra los sajones, no volvió á parecer por el país de los avaros y «confió el cuidado de las demás guerras á su hijo Pipino, á gobernadores de provincia, condes y lugartenientes.» Entre estos personajes, los más célebres son Erico y Geroldo, que tenían á su cargo la defensa de Friul y de Baviera respectivamente y que se aprovecharon de las disensiones que reinaban entre sus enemigos. El khan, nombre que á su príncipe daban los avaros, había sido muerto por los suyos, y uno de sus caudillos, Tudún, hacía decir á Carlos «que quería entregarse á él con su tierra y con su pueblo y recibir la fe cristiana por su mediación.» En 795 Erico atacó el «Ring.»

Era éste un campo inmenso, de forma circular, rodeado de nueve murallas concéntricas, de veinte pies de altura y otros tantos de espesor cada una, construidas de troncos y piedras y cubiertas de césped, con muy pocas y estrechas puertas. Los espacios que separaban los diversos recintos amurallados se estrechaban progresivamente hasta el centro en donde se alzaba la morada del khan, y en ellos estaban tan cerca unos de otros los burgos y las aldeas que la voz humana emitida en uno se oía en todos los demás. Erico forzó la entrada del Ring y los francos arrebataron los tesoros que en él se encerraban, enviándolos á Aquisgrán. Carlomagno dió una parte de ellos al papa y distribuyó el resto entre sus servidores fieles. Al año siguiente Tudún recibió el bautismo y Pipino regresó al Ring, en donde todavía encontró oro, plata, joyas, telas y vasos sagrados que habían sido robados á las iglesias y á los monasterios, siendo celebrada su victoria en un poema que ha llegado hasta nosotros. «Te abandono, dice el khan, mi reino con sus hierbas y sus hojas, con los bosques, las montañas, las colinas y cuanto produce.» Y termina el poeta exclamando: «¡Gloria eterna al Padre y gloria eterna al Hijo!»

En 799 estalló una sublevación de los avaros en la que fué asesinado Geroldo, al mismo tiempo que Erico sucumbía en una emboscada preparada por los habitantes de Thersatto en Liburnia; pero los sublevados, rechazados por los eslavos, pidieron la protección de Carlomagno y en 809 reconocieron su soberanía. «La despoblación completa de la Pannonia, en donde no ha quedado un solo habitante, y la soledad en el sitio en donde se alzaba la vivienda del Khakhán atestiguan, dice un contemporáneo, cuántas batallas se libraron y cuánta sangre se derramó. En aquella guerra pereció toda la nobleza de los hunos y quedaron destruidos todos los tesoros acumulados durante tantos siglos.»

Los eslavos (1) estaban en lucha continua con los sajones, así es que cuando Carlomagno hubo conquistado la Sajonia vióse obligado á protegerla contra los

(1) Respecto de la geografía de los eslavos, véase anteriormente, pág. 305.

ataques de aquéllos, haciendo devastar en 789 el país de los wiltzes hasta el Peene y obteniendo la sumisión de uno de sus caudillos, Dragowit. Las campañas más importantes fueron las que siguieron a la sumisión definitiva de Sajonia y cuya dirección estuvo á cargo de Carlos, el primogénito del rey. En 805, los tcheques, atacados por el lado de Baviera, de Sajonia y de la Dalmacia, refugiáronse en sus selvas, pero su territorio fué devastado y uno de sus duques, Lecho, pereció en la lucha. En 806 realizase la invasión del país de los sorabios, uno de cuyos duques, Milidovitch, también sucumbe, y los francos construyen dos castillos, uno á orillas del Saale y otro junto al Elba, en los sitios en donde más tarde se alzarán Halle y Magdeburgo.

La última guerra emprendida por Carlomagno lo fué contra los daneses. El caudillo de éstos, Godofredo, había dado asilo á Widukindo y sus marinos infestaban las costas de la Mancha; en 808 mandó construir al Norte del Eider, desde el Báltico hasta el mar del Norte, una muralla con una sola puerta para el paso de carros y caballos, y luego hizo decir á Carlomagno que deseaba entablar negociaciones, pero éstas no dieron resultado. En el mes de junio de 810, Carlos supo que doscientos barcos normandos habían assolado las costas y las islas de la Frisia y que las tropas enemigas habían desembarcado tres veces y exigido á los habitantes cuantiosas sumas de dinero. Corrían rumores de que Godofredo quería conquistar la Germania y apoderarse hasta de Aquisgrán, por lo que Carlos fué á acampar en la confluencia del Aller y del Weser, en donde recibió la noticia de que Godofredo había sido asesinado. El nuevo rey de Dinamarca, Hemming, pidió la paz, y en una entrevista que á fines del invierno celebraron á orillas del Elder doce condes francos y otros tantos daneses, se firmó un tratado.

Mientras combatía, Carlos había puesto en estado de defensa sus provincias marítimas. En 800 recorrió las costas, visitó los puertos é instaló guarniciones y se convenció de que sin una escuadra el reino franco no podría resistir los ataques de los piratas. El rey de Aquitania, Luis, mandó construir algunos buques para cerrar las entradas del Ródano y del Garona; además se crearon astilleros. En octubre de 811, Carlomagno revistó su flota reunida en Gante y en Boulogne é hizo restaurar en la última de estas dos ciudades el antiguo faro construído en tiempo de Calígula. A la muerte de Hemming, estallaron en Dinamarca, á causa de la sucesión de éste, discordias de las cuales se aprovechó Carlos para renovar con los nuevos príncipes el tratado firmado. El rey franco, reconociendo el peligro escandinavo y buscando los mejores medios de evitarlo, dió una vez más pruebas de su clarevidencia; en efecto, antes de poco los hombres del Norte, los normandos, serán los enemigos más temibles del Estado carlovingio.

Carlomagno, para defender su frontera terrestre, había organizado las «marcas.» Una marca se componía de varios ducados reunidos bajo la autoridad de un jefe único á quien los analistas denominan «el prefecto» (*praefectus limitis*) y cuyos compañeros son los «custodios de la marca» (*custodes limitis*), siendo designados los mejores funcionarios para desempeñar estos cargos de honor. Conocemos las marcas de España,

de Bretaña, de Friúl, de Pannonia y de Baviera; pero además hubo las de Dania, entre la desembocadura del Elba y el Eider, y de los sorabios junto al Saale; y aun aumentó el número de ellas en lo sucesivo, siendo sus jefes los «margraves,» es decir, los condes de la frontera. De estos cantones militares, cuya energía sostenían los perpetuos combates, nacerán varios Estados: Austria y Prusia tuvieron por cuna una marca.

VI.—Carlomagno emperador (1).

Eginardo, después de haber relatado las guerras de Carlomagno, termina su narración en los siguientes términos:

«Tales son las guerras que este rey muy poderoso sostuvo durante cuarenta y siete años, tantos como reinó, en las diversas partes de la tierra con la mayor sabiduría y el mayor éxito. De esta manera el reino franco, que había recibido ya extenso y poderoso de su padre Pipino, noblemente desarrollado por él, fué aumentando casi en el doble. Antes de él, este reino sólo se componía de la parte de la Galia comprendida entre el Rhin y el Loira, el Océano y el mar de las Baleares y la porción de Alemania habitada por los francos llamados orientales, entre la Sajonia y el Danubio, el Rhin y el Saale que separa á los thuringios de los suabios; además reconocen la supremacía de los francos los alamanes y los bárbaros. A estas posesiones agregó Carlos con sus conquistas, primero la Aquitania y la Gascuña, toda la cordillera de los Pirineos y todos los territorios hasta el Ebro; luego toda la parte de Italia que se extiende desde el valle de Aosta hasta la Calabria inferior, en donde está la frontera entre los griegos y los benaventinos, en una longitud de más de un millón de pasos; después la Sajonia, parte considerable de la Germania, tan larga y dos veces más ancha, según parece, que la porción de este país habitada por los francos; después las dos Pannonias, la Dacia, situada á la otra orilla del Danubio, la Istria, la Liburnia y la Dalmacia, exceptuando las ciudades marítimas que consintió en dejar al emperador á causa de la amistad y del pacto que con él le unían; y finalmente, todas las naciones bárbaras y salvajes situadas entre el Rhin y el Vístula, el Océano y el Danubio, casi semejantes por la lengua, pero muy diferentes por las costumbres y género de vida, y á las cuales sojuzgó hasta el punto de hacerlas tributarias.»

Esta página histórica no es completamente exacta, pues la conquista de la Aquitania fué obra de Pipino, y los bretones, de quienes Eginardo dice en otro pasaje que fueron dominados por Carlos, jamás se sometieron.

(1) FUENTES.—Vida de León III en el *Liber pontificalis*, tomo II. *Chronique de Moissac. Annales lavrashamenses*. Cartas y poesías de Alcuino (edición Dümmmler. *Poeta latini aevi carolini*, tomo I, en los *Monumenta Germaniae historica* en 4.^o). Theobano, *Chronografía*, edición de Boor, 1883-1887.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Döllinger, *Das Kaiserthum Karl des Grossen*, 1865. Lavis, *La fondation du Saint-Empire* («Revue des Deux Mondes», 15 mayo 1888). *Le Saint-Empire romain germanique et l'empire actuel d'Allemagne*, 1890. Kleinschütz, *L'Empire carolingien. Ses origines et ses transformations*, 1902. Harnack, *Das Karolingische und das byzantinische Reich in ihren politischen Beziehungen*, 1880. Gasquet, *L'Empire byzantin et la monarchie franque*, 1888.

Contra ellos envió el rey dos veces á sus generales, en 786 al senescal Audulfo y en 799 á Guido, prefecto de la marca de Bretaña; este último le trajo las armas de los caudillos enemigos con sus nombres grabados, pero los escritores francos siguen denunciando la «perfidia bretona» del mismo modo que denunciaron la «perfidia sajona.» Una nueva expedición enviada por los francos en 811 no dió mejores resultados que las anteriores. Salvo estos detalles, no hay mejor descripción del Estado franco que la de Eginardo.

Por otra parte, la autoridad de Carlomagno se extendía más allá del extremo límite de las marcas, pues sus relaciones con los jefes de los reinos vecinos parecíanse en muchos casos á un protectorado. En 798, Alfonso, rey de Galicia y de Asturias, después de haber saqueado Lisboa, le envía armas, mulos y prisioneros moros y manda decirle «que le pertenece como propio;» los reyes de Escocia le llaman su señor (*dominus*) y se denominan súbditos suyos (*subditi et servi*); Ofia de Mercie es su «carísimo hermano;» Eardulfo, rey desterrado de Northumbria, se avista con él en Nimega y gracias á él consigue ser restablecido en su reino; y los obispos y abades anglo-sajones le piden consejos, le recomiendan á sus peregrinos y le proclaman «su protector y su patrono.» La fama del rey de los francos se extiende de tal manera que el califa de Bagdad, Harún-al-Raschid, «prefiere su amistad á la de todos los reyes y príncipes de la tierra,» y envía á Carlomagno perfumes, especias, monos y un elefante, y le concede un derecho de protección sobre los Santos Lugares, del cual usa el rey ampliamente porque está en continuas relaciones con el patriarca y los monjes latinos de Jerusalén; Carlos llega á ser el bienhechor de los europeos establecidos en Oriente y aun envía dinero á Siria, á Egipto, á Alejandría, á Jerusalén y á Cartago para subvenir al sostenimiento de las iglesias y de los hospitales.

Este espectáculo maravilla á los contemporáneos, quienes se imaginan que el Africa y el Asia serán subyugadas por el poderoso rey de los francos y ven que no sólo le pertenecen la mayor parte de los países de lengua latina, sino que además depende directa ó indirectamente de él todo el mundo germánico y que á la posesión de Roma junta la de otras importantes ciudades de Italia, de la Galia y de Germania. Carlos se titula «rey de los francos que gobierna las Galias, la Germania y la Italia,» y Teodulfo, obispo de Orleans, enumera los ríos que le obedecen y en un poema compuesto hacia el año 796 exclama:

«A tu voz pónense en fila las naciones; aquí vienen el huno de cabellos trenzados y el árabe de suelta cabellera. En todo el mundo, ¡oh, rey!, resuenan tu nombre y tus alabanzas, y aunque el mundo dice mucho, no puede decirlo todo. Cabe medir el Mosa, el Rhin, el Saona, el Ródano, el Tíber y el Po; pero tu alabanza es inconmensurable. ¡Oh, cuán dichoso el que puede estar siempre á tu lado y contemplar tu rostro tres veces más brillante que el oro y tu frente digna del peso de la diadema!»

Lo que sobre todo admiraban los pueblos era que Carlomagno hubiese querido que el cristianismo fuera el principal lazo de unión entre tantas naciones separadas por la distancia, por la raza y por el idioma. Los

consejos que enviaba á los príncipes extranjeros se referían las más de las veces á la fe, y si había solicitado la amistad de los infieles de ultramar había sido para mejorar la condición de los cristianos que bajo su dominación vivían. Gracias á él ensanchóse el mundo cristiano; la Germania, conquistada para la Iglesia, ha entrado en contacto con el paganismo eslavo y no tardará en atacarlo. Si se quisiera dar un calificativo á su reino, sería preciso llamarle «el reino cristiano.» En concepto de los contemporáneos, todos los pueblos agrupados bajo su autoridad forman un solo pueblo, «el pueblo cristiano, *populus christianus*;» y para ellos no hay más que un Estado que en el pasado pueda ser comparado con el fundado por los francos: el Imperio romano.

La idea imperial no había desaparecido del todo en Occidente: el imperio continuaba siendo, á lo menos para los eruditos, el Estado ideal, el único capaz de hacer reinar la paz en el orbe, y era creencia muy generalizada la de que constituía la forma definitiva de la humanidad, y que su última hora sería el fin del mundo. A los príncipes se les citaban como modelos los emperadores cristianos, Constantino, Valentiniano, Teodosio, y las conquistas carlovingias y el renacimiento literario que entonces se produjo (1) reavivaron el recuerdo del imperio. Los que rodean á Carlomagno y están empapados en la lectura de los clásicos del tiempo de Augusto encuentran gran semejanza entre el rey de los francos y los grandes emperadores ortodoxos de otro tiempo. Para él se escogen títulos superiores al de rey, llamándosele señor de la tierra (*dominus terrae*); es «el más célebre de los reyes, el que el Creador, movido á compasión, ha dado á los pueblos para que sea su defensor y su padre,» y se le denomina «el señor Carlos, muy fiel adorador de la fe ortodoxa, grande en toda la elevación de la dignidad real, notable por las coronas gloriosas y triunfales que Dios le ha otorgado.» Su corte, su palacio y sus órdenes son calificadas de sagradas; se le habla también de los decretos de su imperio y de la gloria de su reinado imperial. ¿Acaso el título de emperador no es el que corresponde al jefe de todo el Occidente, al señor de la «Roma imperial, de la Roma de oro?»

Dos graves obstáculos, sin embargo, separaban á Carlomagno del imperio: el hecho de existir un emperador en Constantinopla, Constantino VI, y la circunstancia de no mostrarse el papa Adriano favorable al proyecto que tanto entusiasmaba á los partidarios del rey.

Adriano sentíase cada vez más alarmado al ver que el rey franco sentaba su autoridad en Italia, que tomaba en serio el patriado y que pedía que éste fuera definido para convertir en realidad esa dignidad vaga. Además, podía echar en cara á Carlos el incumplimiento de la promesa que le hiciera en 774 de ampliar la donación de Pipino y el no haber cedido á la Santa Sede más que unas pequeñas porciones de territorio. Las relaciones entre estos dos hombres son curiosas: profésanse

(1) Véase más adelante, libro III, capítulo IV.



Denario de plata de Carlomagno, emperador.